



Año II

Núm. 27

SUMARIO

Locura general, por C. Tejado.—Para las autoridades: Quejas y denuncias.—Nuestros cazadores: D. Vicente de Gregorio, por J. M. de P.—Males que hay que corregir.—Historia de la caza, por E. Sánchez Vera.—Hojeando pergaminos: La caza de Cetrería, por J. N. R.—Junto á la hoguera: ¡Aquella codorniz!, por Emilio Morales de Acevedo.—Mientras llega Agosto, por J. Morales de Ferralta.—El pointer inglés, por Luis A. de Sancho.—Triunfo merecido.—Noticias.—Consultorio jurídico de CAZA Y PESCA.

(No se devuelven los originales.)

LOCURA GENERAL

En uno de mis anteriores artículos empezaba recordando uno de los muchos refranes castellanos, y en éste creo muy oportuno recordar otro muy usual: «No hay peor sordo que aquel que no quiere oír»; y dejando convenido que esto es efectivamente cierto, entiendo que bien pudiéramos decir que es una falta de educación no dar respuesta á las preguntas del prójimo que le dejan en completa confusión, ignorando si es por jesuitismo ó por ignorancia semejante modo de obrar, y sin poder prevenirse de cualquiera asechanza ó golpe traidor que se le esté acerbamente preparando.

La educación, base primordial, terreno firme y necesario para colocar la piedra berroqueña donde debe construirse el edificio humano con toda solidez y garantía, potente y resistible á los crudos temporales de ciclones, vendabales y otras mil calamidades á que estamos frecuentemente expuestos por los cambios atmosféricos, el edificio está hoy, y, por desgracia para la humanidad, continuará mañana, construido ligeramente sin los elementos necesarios ni firme cimentaje, por cuya razón estamos amenazados á cada instante que se derrumba y perdamos la existencia revueltos nuestros cuerpos entre una masa inerme de tierra y cascotes.

No; no existe, desgraciadamente, más que en una pequeña escala la educación en los tiempos actuales, y no es de esperar cambio en el porvenir aumentando; pero sí puedo asegurar irá disminuyendo.

Da pena y vergüenza contemplar cientos y miles de criaturas abandonadas por sus padres en medio del arroyo, donde solamente aprenden groserías, vicios y malas costumbres y palabras soeces ó injuriosas para todo el mundo, según tengo ocasión de escuchar á cada paso.

Los maestros de Instrucción primaria, en escaso número, se hallan además mal retribuidos y, en general, tardíamente pagados, sin vigilancia de ninguna índole por parte de la autoridad ni por los inspectores que tienen de ello obligación; causas suficientes para que las escuelas, nada abundantes, sean abiertas diariamente tarde ó no se abran algunos días, y cerrándolas cuando le place al maestro ó pasante; y si en la escuela reciben escasa instrucción y educación esos centenares de niños que pululan por la calle y sus padres tampoco la recibieron, ¿cómo es posible que la enseñen á sus hijos?

En las grandes y pequeñas poblaciones como en los distritos rurales (en éstos aún en mayores proporciones), abunda la ignorancia y el analfabetismo que nos denigra y envilece, y de aquí principia tanta maldad, tanta falta de respeto, tanto desconocimiento de las leyes, incluso la de Caza, á pesar de ser tan con-

cisa y clara referente á la época prohibida, al alcance de las inteligencias más obtusas, siendo ésta la principal causa de cometerse tanta barbarie y tanta infracción en la época de veda.

Está mandado por la misma ley se publiquen bandos por los gobernadores en época oportuna para que llegue á conocimiento de todos los habitantes del país en general, y se halla fijado un ejemplar de la misma en los Ayuntamientos de todas las villas y pueblos: los primeros no se publican nunca, sin duda, por olvido involuntario de las autoridades á ello obligadas, y referente al segundo, en general, no suele tampoco hallarse fijado en sitios visibles ni invisibles, resultando igual que si no lo estuviera, puesto que la mayor parte de los vecinos no saben leer, y el que existe algo letrado tal vez no le convenga ni se molesta en comunicar lo que manda y ordena aquel papel escrito.

Sería cándido pretender conseguir perentoriamente la educación é instrucción, que nos es tan necesaria para vivir ordenadamente en este mundo como el agua al pez; pero no poniendo los medios, difícilmente llegaremos al fin. Esto viene ocurriendo con los infractores desde el año 1650, según nos lo demuestra mi íntimo amigo «Ruilope» en su artículo «¿Será realizable?», publicado en el número 23 de esta Revista. En él nos hace saber que desde tan lejana fecha la gente que se dedica por lucro á la caza es en general holgazana y vaga, y que los jueces no daban importancia á estos delitos, teniendo conmiseración con los corsarios, pidiendo por algunos hacer de vez en cuando una requisa contra los mismos y también contra las autoridades que les consentían sus fechorías.

Esto, después de doscientos sesenta y dos años, aún continúa y continuará en esta época, que en justicia podemos llamarla de los adelantos é inventos de todas clases y condiciones, alumbrados eléctricamente y haciendo viajes por el aire á tan gran altura como eleva su vuelo el cóndor, no obstante el peligro de caer estrellados, según ocurre con bastante frecuencia.

Va entrando en mi convencimiento lo que oigo decir con insistencia, que la humanidad se halla atacada del vértigo de locura, marchando como los automovilistas á 130 por hora, con cuya marcha irán seguramente á parar á los más profundos abismos, sin que quede el menor rastro de ella.

Que la locura existe en gran parte no cabe duda, no pudiendo comprender la razón fun-

dada que pudo alegar un sabio y afamado doctor en cirugía, que, encargado de hacer una operación á un desgraciado ser, y efectuada ésta con toda felicidad, según frases del eminente doctor, no obstante falleció el operado dos días después; y llegado el momento de presentar la cuenta á la afligida familia, ascendía á doble suma de la que hubiera puesto, según él mismo manifestó, de no haber sobrevenido el fallecimiento; tampoco cabe en mi mente ni llevo á comprender, haya seres privilegiados de grandes fortunas y de alto rango, disponiendo de servidumbre en sus moradas y viviendo con todas las comodidades apetecibles, soliciten con gran empeño y ostenten orgullo servir ellos á otros seres semejantes.

Nuestra fiesta nacional de toros, toreros, ganaderos, empresarios, etc., etc., es lo que priva, y también es otra locura; la prensa diaria de todos matices llenan columnas enteras dando noticias detalladas de las corridas que á menudo se celebran en Madrid y provincias, como también las revistas ilustradas publicando retratos y biografías de toreros, dándoles una importancia exagerada, que en realidad no tienen, y dejando á un lado apasionamientos no debe concedérsele, porque no resuelve ningún problema social.

Respeto la diversión, y si es preciso concederé conveniente y necesaria para el sustento de muchos y satisfacer los gustos de todo ser humano; pero entiendo que toda esa preponderancia, tanto bombo y tanta publicidad se empleara en procurar el adelanto en la educación y cultura, que nos hace suma falta para colocarnos á la altura de las naciones más instruidas.

Sentiría, en verdad, que los cazadores y pescadores se hallaran en estado tan lastimoso, viendo que se les llama y no oyen, se les cita y no acuden, lo que incita á suponer estén sugestionados del padecimiento humano, y si por desgracia fuera así, procuren con tiempo desechar de su mente esa obcecación, no imitando al ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que durante toda su vida fué loco y vino á la cordura momentos antes de morir.

Todo es ahora intranquilidad, todo discordia, y bien profunda la que se tienen declarada entre sí los cazadores y pescadores, no siendo el camino emprendido por ellos el mejor ni el más directo para llegar á la tierra de promisión. Os invité á celebrar un banquete para aniquilar á los raposos mercaderes destructores de nuestra hacienda, y habéis hecho caso

omiso de mi invitación; cualquier otro en mi lugar podría suponer que vuestro silencio era equivalente al desprecio, lo cual constituiría falta de educación y cultura, que yo no dudo un momento estéis dotados de tan bellas cualidades.

No me cansaré de hacer guerra cruenta á los miserables infractores que no respetan la veda, como tampoco de procurar la unión entre los cazadores y pescadores para conseguir la desaparición de los primeros, y se me ocurre otro medio para solucionar nuestro asunto, cortando el mal de raíz.

Mi sueño del artículo penúltimo puede, si queréis, llevarlo á la realidad, y os propongo sencillamente solicitéis, por medio de cuatro palabras dirigidas al Sr. Presidente, celebrar una reunión magna en nuestro domicilio social, Bolsa, 10, para tratar única y exclusivamente de la sentencia que debemos dictar contra los viles y vagos dañadores.

Esto es muy sencillo y factible de hacer, no dudando hallarnos pronto reunidos para los fines indicados y confiar en que, después de mandar vuestras solicitudes, recibiréis aviso con anticipación, fijando el día y hora para verificar la Asamblea. No desmayéis, que la victoria es segura, pues el enemigo será por todos los flancos derrotado y huirá á la desbandada; pero aunque así no fuera, nuestro deber es hacer frente á sus iniquidades y malas hazañas, sin temor á la derrota, cual no temieron aquellos heroicos comuneros peleando por las libertades de Castilla, Juan Bravo, Juan Padilla y Francisco Maldonado, que con arrogancia é innegable valor subieron al patíbulo después de su desgraciada derrota en la célebre batalla de Villalar.

Iniquidades é infamias, por ignorancia y brutalidad unos, por mala fe y malos sentimientos otros, y no pocos por egoísmo y lucro, cometen en esta época de veda y procreación de la caza; manojos de conejos, liebres y perdices circulan entre las manos puercas de los mercaderes repugnantes, y la codorniz sencilla, nuestra caza predilecta en todos sentidos y por todos conceptos, es igualmente perseguida, acosada y destruída con redes, ballestas y toda clase de artimañas prohibidas por la ley, por los mismos infames destructores y por manos igualmente asquerosas, que al cometer la villanía debieran quedarse eléctricamente clavadas en el tronco del árbol más próximo, para que sirviera de recuerdo á los vivientes actuales y de ejemplo y enseñanza para los venideros.

Las autoridades son en demasía tolerantes,

puesto que no impiden tanta vulneración de la ley, y los cazadores y pescadores no deben consentir continúe un momento más semejante desbarajuste; y siendo infinitamente muchos más los buenos que los malos, la victoria es segura y la lograremos con nuestra unión y el nombramiento de guardas jurados, que con sólo su anuncio, como vigilantes de la ley, desaparecerán de la esfera terrestre los malvados y empedernidos dañadores.

No demoréis las solicitudes, pues es de interés común celebrar en plazo perentorio la Asamblea, y podéis contar para ello con el asentimiento en pleno de la Junta directiva y de la Asociación en general.

C. TEJADO



PARA LAS AUTORIDADES

QUEJAS Y DENUNCIAS

En los términos de Alcalá de Henares, Meco y Azuqueca anda bastante descuidada la vigilancia de la veda, pues sabemos que con gran desahogo varios individuos, alguno de ellos procedente de Madrid, se dedican á cazar codornices y perdices que después traen y exhiben en cierto establecimiento de bebidas de la corte, jactándose de que para ellos no hay denuncias ni autoridades que pongan coto á sus desmanes.

La conducta de los que así proceden debe ser condenada por todos en vez de admirada, ya que da clara idea de mezquinos instintos que no sólo alcanzan á la alabanza propia por actos prohibidos por la ley, sino por el ejemplo que predicen á los demás ciudadanos, alentándoles á burlarse de las prácticas de orden establecidas por los Poderes públicos.

En otro país que no fuera el nuestro, tan acostumbrado á elogiar á todo el que discute medios de burlar la ley, se miraría con desprecio, que tal merecen, estas polillas de la sociedad, cuyos dañinos instintos sólo son corregibles con el castigo que el Código penal impone.

Quiera Dios despertar contra ellos las energías de las autoridades, para que paguen sus culpas y no ensalzen más semejantes fechorías.



Caza y Pesca

NUESTROS CAZADORES

D. Vicente de Gregorio

Es costumbre establecida en esta clase de biografías hacer un panegírico, una apología del biografiado; volcar el diccionario de los adjetivos y dedicar al cazador que le cupo en suerte toda clase de elogios y alabanzas.

Es cosa muy corriente ensalzar proezas, lances cinegéticos y transcribir fielmente ó con alguna disculpable exageración aquellas cacerías cuyas víctimas se contaran por números de tres y cuatro cifras.

Se suele hablar también de la resistencia física, de la fuerte compleción del biografiado, que atraviesa vegas y escala montes con la misma facilidad que estornuda, y hasta se entra en odiosas comparaciones al adjudicarle la cualidad de ser el terror de las inocentes especies de caza menor, que no tienen otra defensa que la ligereza de sus patas ó la rapidez de su vuelo en la huida.

Don Vicente de Gregorio se ofendería justamente si le aplicásemos todos esos calificativos, hubiéramos de herir su proverbial modestia si lo convirtiéramos en el azote de perdices, conejos y liebres.

Nuestro biografiado es un entusiasta cazador, un excelente aficionado, un cariñoso

compañero de caza y un perfecto caballero, que por su honradez é inteligencia ocupa muy honrosos puestos en corporaciones y sociedades comerciales é industriales.

Es actualmente arrendatario del cuartel el Águila y el Goloso, del Real patrimonio de El Pardo, en compañía del veterano y justamente afamado tirador de perdices D. Ricardo Guillén, popularísimo aficionado y uno de los más fervientes cultivadores del arte cinegético.

Con tan buena compañía puede desde luego afirmarse que los socios de aquel cuartel no habrán de aburrirse, pues como vulgarmente se dice: *en buenas manos está el panderero*.

Don Vicente de Gregorio es, como dijimos antes, un entusiasta cazador que gusta de la caza con decidida afición y cuya modestia puede concretarse en estas sus elocuentes frases: «Todo, absolutamente todo cuanto corre ó vuela y se pone al alcance de mi escopeta, encuentra la muerte, y tengo la firme convicción de que no se me va una pieza de caza hasta

que después del disparo la veo correr ó volar».

Esto demuestra que no se desalienta, que la misma fe le acompaña en todas sus frecuentes excursiones.

Nuestro biografiado es Tesorero de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, reelegido para dicho cargo en la última renovación de la Junta directiva, y en él perdurará seguramente por su celo y su notable administración.



Fotografía J. Mena.

Movido de nobles deseos, interviene en las discusiones de las Juntas directivas y siempre pone su grano de arena en favor de la prosperidad y buena marcha de la Asociación.

J. M. DE P.

Males que hay que corregir

La interesantísima interpelación hecha al Gobierno en el Senado por el señor marqués de Estella acerca del descaro con que se infringen los preceptos de la ley de Caza, precisamente en la época en que con mayor rigor debieran observarse las prescripciones, plantea una cuestión que precisa se resuelva de una vez para siempre, y en la que va á intervenir esta Revista con todas sus energías.

Las denuncias formuladas por el ilustre prócer han servido para poner de relieve, una vez más, el absoluto desprecio á una ley dictada para asegurar la defensa de importantísimos intereses sociales.

Si no se pone freno á esos desmanes, veremos cómo en plazo breve desaparecerá casi por completo la caza en España, y con ella las innumerables industrias que de la misma se alimentan.

No existe ley que todos aquellos á quienes afecta no deban cumplir de una manera rigurosa; y como la ley de Caza no debe ser una excepción, el Gobierno no debe consentir en este punto á sus delegados la menor, la más insignificante desviación en el cumplimiento de tan sacratísimo deber.

No hay país en Europa, como ha dicho el señor marqués de Estella, donde se infrinjan las leyes de la Caza, y también las de la Pesca, como en España. Aquí ni se guarda la veda ni se perdonan medios de destruir los animales, empleando en ello cuantos fraudes y armadillos ha inventado la avaricia, despoblando los campos y los ríos de esos numerosos seres que, subviniendo á las necesidades de la vida como un poderoso recurso de alimentación de los pueblos, resuelven una gran cuestión social. Por este camino llegaremos, más ó menos tarde, á ver despoblados los campos del gran recurso que ofrece la caza para cubrir la primera necesidad de la vida, y desaparecerán las especies de animales más indispensables, mal que se experimenta ya en algunas provincias y que se anuncia en otras

Perdida por los pueblos la costumbre de respetar las leyes que á estos puntos atañen, porque el abuso se ha hecho general, hemos llegado al extremo de que la olviden hasta las mismas autoridades y á que no la recuerden ni aun los mismos Gobiernos. Por consiguiente, el mal no puede presentarse con caracteres más graves.

Y cuando aquél llega á este límite, cuando muchas de las personas que deben dar ejemplo burlan de una manera tan poco edificante las disposiciones escritas, cuando las clases todas á porfía participan de ese contagio de desobediencia y de ruina para el objeto de recreo que con tanto afán aparentan buscar, menester es que la tutela administrativa se deje sentir de una manera eficaz y enérgica en este ramo, y que cuide de dar vida á tanta letra muerta, escrita para proteger sus apetecidas recreaciones y asegurar sus codiciados intereses.

Al decir que importa un remedio oficial urgente, no es decir que lo consideremos, ni bastante ni único, sino que todos los interesados deben aportar á este objeto el óbolo de su cooperación. Es necesario que cada cual en su esfera haga todo lo posible para conseguir este fin; esto es, por una parte el Gobierno y por otra los particulares.

Mírese por el Gobierno si los procedimientos hasta aquí seguidos adolecen de algún vicio, puesto que han producido tan escasos resultados. Mírese si el alcalde ó el juez municipal, especialmente en pueblos de corto vecindario, agobiados de tareas privadas y necesitados de buenas relaciones con sus vecinos, son las autoridades más á propósito, más imparciales, más independientes para castigar á aquéllos, cuya enemistad les sería perjudicial. Mírese si hay bastante desinterés en los guardas y demás encargados de celar por el cumplimiento de la ley para que no queden impunes las infracciones. Y si no hay bastante garantía, como es indudable, búsquese un remedio por parte del Poder social, que es el que tiene el deber de dictar las disposiciones legales necesarias para el mejor bien de los ciudadanos.

En cuanto á los cazadores de buena fe, asociense, como lo están ya en su mayoría en Madrid, en Barcelona y en otras poblaciones, para ayudar á la autoridad á que se cumplan por los demás los preceptos de la veda, que ellos tan escrupulosamente observan en interés de todos. Establezcan ramificaciones hasta los más remotos puntos, organizando circunscripciones bajo un centro común que las

dirija. Ofrezcan premios en la forma que permita la ley á los dependientes de la autoridad y demás personas encargadas del cumplimiento de la ley, en proporción del celo manifestado en la persecución de los contraventores, y aguzando el ingenio de la manera que su afición ó su conveniencia reclaman, escogiten y apliquen los medios para que toda infracción sea imposible.

Así se hace ya en las naciones extranjeras, y así debe hacerse en la nuestra, pues ya parece que es llegada la hora de que se dé cumplimiento á lo que preceptúan la prescripción 6.ª de la Real orden de 1.º de Julio de 1902 y el art. 94 del reglamento de 7 de Julio de 1911 para la aplicación de ley de Pesca fluvial, invirtiendo en las recompensas ofrecidas á los que se distingan en esa clase de servicios una pequeña parte de los ingresos que el Tesoro obtiene por dichos conceptos.

Es indudable, pues, que con castigar por una parte y recompensar por otra logrará atajarse el mal y verse aparecer una época brillante de caza, en nuestros tiempos desconocida, y que bendecirán siempre los discípulos de San Huberto y hasta el público en general.



HISTORIA DE LA CAZA

Origen de la caza.—La caza en la antigüedad: finalidad, especies, armas.—Hebreos, egipcios, griegos y romanos.—Los pueblos bárbaros.—La caza en la Edad Media.—Montería y cetrería.—Las armas de fuego.

Al aparecer el hombre sobre la tierra, poblada ya de animales y plantas, se vió obligado por imperiosa necesidad á alimentarse con los frutos, plantas y raíces que á su alcance tenía. Pero bien pronto debió de sentir el deseo, por instinto, de reforzar su sustento con las carnes y los pescados que le brindaban los demás animales; y para capturar y dar muerte á éstos hubo de hacerse cazador. Como la caza le proporcionaba, además de alimento excelente, pieles, grasas y despojos muy útiles para sus menesteres, á la caza hubo de de-

dicarse con afán, y en ella empleó primeramente su inteligencia, su destreza, su fuerza y su valor.

Antes que á la ganadería y á la agricultura, debió el hombre primitivo dedicarse á la caza, y hasta en los primeros tiempos sería su ocupación única.

Tiene, pues, la noble afición á la caza su origen en la más remota antigüedad, y es, como veremos, el más clásico de los *sports*.

Con referencia á la época prehistórica, desconocemos casi en absoluto los medios de que pudieron valerse para la caza, puesto que los indicios que nos llegaron son tan escasos que casi exclusivamente se reducen á unas armas rudimentarias de piedra tallada, consistentes en puntas de lanzas y hachas de mano. Por conjeturas deducimos que la caza debieron hacerla por el acoso para las fieras y por la sorpresa y el engaño para los demás animales. De algunos de éstos debieron de servirse amansándolos.

La época histórica nos legó ya noticias más concretas. En Palestina, y en los tiempos á que se refiere el Antiguo Testamento, emplearon para cazar las lanzas, las flechas y los venablos, y capturaban vivos algunos animales con trampas y redes.

Los egipcios fueron más apasionados por la caza, que ejercieron ya como un *sport*. Utilizaban redes para las liebres (que serían probablemente una especie de lazos), y cazaron con el arco y el venablo la gacela, el buey, el carnero salvaje, el lobo, la hiena, el chacal, el leopardo, etc., etc., animales que abundaban en los desiertos cercanos al Nilo. Poseían ya el perro amaestrado para la caza, y en algunas ocasiones utilizaron el león adiestrado.

Los asirios y babilonios fueron asimismo apasionados por la caza; los reyes asirios establecieron grandes parques ó cotos de caza.

Los griegos concedieron tal importancia á este ejercicio, que en su mitología hicieron de la caza placer de los dioses. El historiador Xenofonte, en su obra titulada *Cinegética*, nos describe la caza de la liebre con perros y redes, la del ciervo con trampas de madera, y la de leones, linceas, panteras y osos, á caballo con lanzas.

Los romanos fueron entusiastas de la caza con caballos y perros, llegando la afición á su apogeo en tiempo de Augusto; pero después cedió este entusiasmo ante la pasión desmedida que despertaron las luchas en el Circo con las fieras. Entonces se organizaron con frecuencia grandes batidas para capturar fieras vivas con destino al Circo. Los ciervos,

jabalíes y otros animales de caza los cuidaban con esmero en grandes parques acotados, que llamaron *vivaria*.

También fueron muy aficionados á la caza los pueblos llamados bárbaros. Los galos, germanos y francos cazaron el caballo salvaje, el oso, el bisonte y el gamo, desdeñando el sistema de lazos, trampas, redes y empalizadas. Su caza favorita fué á la carrera con perros y caballos. Los galos fueron los primeros que utilizaron los galgos para la caza de la liebre.

En la Edad Media fué la caza la diversión favorita de los señores, quedando el sistema de redes y trampas exclusivamente para la gente baja, verdaderos cazadores furtivos, puesto que el derecho de cazar se hizo privativo de los nobles y éstos excluyeron de sus procedimientos todo engaño. En sus soberbias cacerías desplegaron un lujo ruinoso.

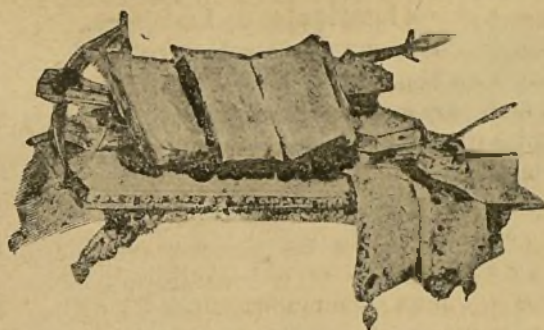
Púsose muy en boga la cetrería, esto es, la caza con halcón; y estas aves de rapiña, que eran traídas á Europa de todas las regiones entonces conocidas, llegaron á adquirir precios fabulosos. De este apasionamiento por la caza participaron también las señoras y los clérigos, hasta el punto de que fueron necesarias algunas disposiciones para atajar el derroche á que esta pasión les llevaba. El pueblo, por su parte, no perdonaba ocasión de cazar clandestinamente con flechas, redes ó trampas, y las medidas de represión para evitarlo promovieron alguna vez graves disturbios y motines serios.

La pólvora no se utilizó en la caza hasta fines del siglo XVI, en que se inventaron los perdigones. Con el uso de las armas de fuego variaron por completo los procedimientos en el ejercicio de la caza. Bien pronto cayó en desuso la cetrería; se educaron los perros para rastrear y levantar la caza en condiciones favorables para el tiro, resultando los perros hoy llamados *de muestra*; se organizaron los ojeos y batidas en otra forma, y se pudo cazar con provecho aisladamente, sin necesidad de utilizar el numeroso personal que era preciso para las suntuosas monterías de antes.

Resultado de todo esto fué que la caza dejase de ser un privilegio de los nobles para pasar á convertirse en una diversión para todas las clases sociales.

En un próximo artículo haremos una reseña de los procedimientos de cazar en todos los países del mundo.

E. SÁNCHEZ VERA.



HOJEANDO PERGAMINOS

La caza de Cetrería

Es verdadero atrevimiento por mi parte el tratar (aunque sea á la ligera) sobre esta forma de cazar, después de haber escrito sobre ello tantos y tan esclarecidos varones; pero también sería gran delito el no aparecer en las columnas de esta revista siendo, como ha sido, el verdadero clasicismo de la caza, pues nunca fué este arte tratado con tanta nobleza, con tan verdadero culto como lo verificaban las damas y caballeros que á él se dedicaban, culto que á veces llegaba al fanatismo ó, mejor dicho, á la barbarie, pues no merece otro nombre el acto de crucificar á un hombre por el delito de haber dado muerte á un azor; verdad es que, según palabras de D. Alfonso el Sabio, antes de sus leyes sólo se juzgaba por usos *desaguisados*.

El arte de enseñar á las aves de cetrería para la caza es de fecha tan remota que se desconocen sus orígenes. Ktesias, en el año 400 antes de Jesucristo, vió cazar á los indios con halcones; veinte ó treinta años después de Cristo cazaban con aves de rapiña los habitantes de Tracia. Sidonio Apolinario cita á Edicius, hijo del emperador Avito, como el primero que cazó con halcón; Carlo Magno, Barbarroja (el emperador), Eduardo III de Inglaterra, Bayaceto, etc., etc., y en España todos ó casi todos los reyes y magnates de aquellas épocas, fueron entusiastas de tan *noble arte*; notables cazadores nos han dejado verdaderas joyas en sus escritos sobre el modo de cazar y manera de cuidar las aves dedicadas á la cetrería: Isa-Ben-Ali-Al-Azdi, Sant Fagun, Evangelista, el príncipe D. Juan Manuel, el canciller Pero López de Ayala, Onofre de Lemos y tantos otros que merecen eterna gratitud de todos los que militamos en las filas de nuestro patrón San Eustaquio.

Hoy día sólo se caza con halcones en algu-

nos puntos de Asia y Africa; respecto á Europa, según mis noticias tan sólo creo lo verifican en algunas localidades de Inglaterra.

Sería verdaderamente precioso volver á establecer en España esta clase de caza, y nada más fácil para muchos hacendados que poseen grandes propiedades, y en las cuales se puede realizar la caza á caballo.

Ahora me voy á permitir dar á conocer á mis lectores el modo de educar á los halcones y cazar con dichas aves; desde luego lo copio al pie de la letra de una obra, pues á mí, modesto aficionado de escopeta y perro, de este siglo xx, me es desconocido semejante método. Dice así:

«Los utensilios necesarios para la caza con el halcón son: una caperuza de cuero hecha de manera que no comprima sus ojos; una brida corta y una larga, ambas compuestas de correas, la última con dos metros de largo; éstas son afianzadas al calzado; esto es, á la envoltura de cuero que cubre los pies del halcón. El *armadijo* es un maniquí ovalado provisto de dos alas de pájaro, que sirve para atraer de nuevo al halcón, el cual, viéndole de lejos, cree que es un ave. Las manos del halconero han de estar protegidas por medio de fuertes guantes. Así que se empieza á adiestrarle se le ata con la caperuza puesta, y ha de permanecer veinticuatro horas sin comer, tomándole luego en la mano, quitándole la caperuza y dándole de comer un ave. Si no quiere comer lo vuelven á encapuchar, no tomándolo de nuevo en la mano sino al cabo de otras veinticuatro horas; y aun cuando por espacio de cinco días seguidos no quisiese comer voluntariamente sobre la mano, vuelva cada vez á ser encapuchado y atado. Cuanto más amenudo esté durante este tiempo encasquetado y llevado en la mano, tanto más pronto se domestica y come voluntariamente sobre la mano. Una vez obtenido esto empiezan los verdaderos ejercicios, siendo cada vez encapuchado largo tiempo y llevado en la mano antes de cada ejercicio y atado nuevamente después, para que se pueda fijar en lo que le han enseñado.

«Los primeros ejercicios consisten en poner al ave sin la caperuza sobre el respaldo de una silla y hacerle saltar desde allí para que coma de la mano del halconero, debiendo más tarde volar cada vez mas lejos; lo mismo se repite luego en campo raso, teniendo la precaución de atarle á una larga brida para evitar que se escape; por lo demás, el halconero se sitúa de manera que el halcón tenga que volar contra el viento, pues, como todas las

aves, no se deja arrastrar de buen grado por el mismo. Cuando ha comprendido bien todo esto, por la noche se le vuelve á encapuchar y se le posa sobre un aro que oscile, meciéndole toda la noche para que no pueda dormir; á la mañana siguiente se le hacen repetir los primeros ejercicios: se le hace comer de la mano, se le lleva todo el día en la misma, y luego se le mece toda la noche sobre el aro; lo mismo se hace el tercer día y la tercera noche; al cuarto día se vuelven á repetir todos los ejercicios, y por la noche se le concede, por fin, un poco de reposo. Al día siguiente se le deja libre en el suelo sin la brida y atado tan sólo á la cadena, y para comer ha de volar sobre la mano; si pasa por delante de ésta se le sigue y se le llama hasta que por fin viene. Este ejercicio se repite luego muchas veces en libertad, acostumbrando también al ave á volar sobre la mano del cazador montado á caballo, así como á no temer ni al hombre ni á los perros. Entonces empiezan verdaderamente los primeros ejercicios de la caza: se lanza al aire un pichón muerto, se deja que el halcón, atado á una larga cuerda, lo aprese, y la primera vez que se coma un poco; sin embargo, más tarde se le quita siempre el pichón en seguida, dándole algo de comer de la mano. El mismo ejercicio se repite los días siguientes con aves vivas, cuyas rémiges estén recortadas; después se buscan, por medio de perros, perdices, si es posible una sola; se quita al halcón la caperuza en seguida que la perdiz se levante y se deja que la persiga. Si no la coge, se le atrae con un pichón vivo cuyas alas estén recortadas, ó con el *armadijo*.

»Con pequeñas variaciones se le enseña á perseguir y apresar otras clases de caza.»

Ignoro si este humilde escrito llegará á manos de las cuales dependiera el resurgimiento de caza tan atractiva; pero de lo que tengo seguridad completa es que si se repartieran varios números con este artículo entre la multitud de *cazadores* de porra y piedra que habitan en la villa y corte y pueblos comarcanos, antes de mucho tiempo, y desde luego con principios rudimentarios y empleo de aves de rapiña *no nobles*, sería un hecho en España la RESURRECCIÓN DE LA CETRERÍA.

J. N. R.





¡Aquella codorniz!

Para D. Tomás Crespo, mi excelente amigo.

HISTORIA VERDADERA DE UN FUSILAMIENTO

De esto que voy á contar ya hace un buen puñado de años.

Era yo sonrosado y fresco como una manzana en sazón; creía en las mujeres, en la honradez y en una serie enorme de amables mentiras.

Por creer, hasta llegué á imaginarme cazador aenchillado, muy ducho en el encare de la escopeta y formidable cañón para el derribo de caza.

Y fué el caso que una deliciosa tarde del mes de Agosto mi querido amigo D. Tomás Crespo se presentó, armado de todas armas, en la casa de mi padre.

—¡Salud, don Juan! —le gritó á mi viejo. — ¿Estamos preparados para salir?

¡Vaya si lo estaba! ¡Pues bueno era mi padre para que le animaran en estas cosas de su pasión cinegética!

Hacia más de media hora que se había ceñido al cuerpo la repleta canana, calado la gorra, salpicado de bocinas y descolgado su veterana escopeta.

—¿Quieres venir con nosotros? —me preguntó.

—¿Dónde váis?

—Á Azuqueca en busca de codornices. Pero tienes que decidirte pronto, porque el tren sale á las seis y son bien dadas las cinco y media.

Me decidí. Después de todo, era lo mejor que podía haber hecho para vengar los desdenes de aquella novia morena que me la pegó con un capitán de húsares.

¡Infame!

Tan rápidamente me transformé en Tartarín, que tal parecía una película de cinematógrafo.

—¡Las polainas!

—¡Corre!

—¡Qué no llegamos!

—¡La escopeta!

—¡Los cartuchos!

—¡De prisa, hijo!

—¡De prisa, muchacho!

—¿Y no quedará ni un mal rayito para mí?

* * *

Á las seis menos un minuto nos instalamos en un vagón de tercera D. Tomás Crespo, mi padre, yo y los perros.

Sonó la campana.

Y el tren partió.

Por el camino fuimos haciendo proyectos.

—¿Encontraremos muchas codornices?
 —Yo espero disparar unos veinte tiros.
 —¿Al aire?
 —¡Guasón!
 —Dicen que este año está bien la vega.
 —Sí; tiene muchos pastos.
 —¡Joven, los niños hablan cuando se agachan las gallinas!

El tren se arrastraba serpenteando por la llanura.

Un paleta, compañero de viaje, tuvo á bien estrangular nuestras inocentes ilusiones.

—¿Van ustedes á Azuqueca?
 —Sí.
 —¿Á cazar codornices?
 —Sí. ¿Por qué lo preguntas?
 —Se lo digo porque, como no maten ustedes las que tiene en la puerta del Ayuntamiento el señor alcalde...
 —¡Cómo!
 —Nada; que *antier* estuvieron otros señoritos y no dejaron una ni para remedio.

Don Tomás me miró, yo miré á don Tomás y nos comprendimos.

—Pero ¿habrán quedado pájaros en Azuqueca, verdad?

—Pájaros, sí.
 —¡Entonces no hay que afligirse!
 Sólo mi padre puso el gesto de contrariedad.

—¡Mecachis en tu casta, palurdo!

..

Llegamos al lugar del hecho cuando el sol ocultaba su bermeja faz por el árido horizonte castellano.

Un conocido del autor de mis días salió á la estación á recibirnos.

—¡Buenas tardes, don Juan y la compañía!
 —Buenas tardes.
 —¿Son ustedes tres?
 —Si no nos hemos multiplicado por el camino, tres somos.

—No; se lo advertía porque en mi casa no tengo más que dos camas para que pasen ustedes la noche.

—Es lo mismo. El señorito es hijo mío. Dormiremos juntos.

—¿Y este otro señor?
 —Este otro señor es primo nuestro—me atreví á decir.

—¡Y tan primo!—remachó don Tomás—¡Por que eso de venir hasta aquí para tirar á los ruiseñores!

Mi padre, receloso á fuer de cazador viejo, y no conforme con las noticias que en el tren

nos diera el palurdo pesimista, volvió á preguntar al ventero:

—Y ¿cómo anda esto de codornices?
 —Regular, don Juan.
 —Pero ¿quedan algunas?
 —Algunas quedan, don Juan.
 —¿En jaulas?
 —No, señor don Juan; en el campo.
 —¡Ya decía yo!

..

Nos colamos en la casa. Esta era, ni más ni menos, como todas las casas de pueblo. Un amplio portal, húmedo y frío, una sala y una alcoba revestidas de yeso y con numerosas colgaduras de artistas *arácnidos*.

—Aquí tienen ustedes su humilde choza—balbuceó el posadero.

—¿Estaremos seguros?—apuntó don Tomás.
 —¿Seguros de qué?
 —De no ser devorados por los insectos.
 —¡Si no hacen nada!

Yo tenía verdaderos deseos de echar un trago y, á falta de Samaritana que me lo diera, me dirigí á un rincón del patio donde tomaba la sombra un botijo panzudo y sin narices.

—¡Aquí que no peco!—exclamé, tratando de levantarlo.

—¡Mire el señorito que pesa mucho!

Aquella advertencia me hirió en el amor propio; por eso, redoblando mis esfuerzos y aun á pique de estallar, colorado como una amapola, levanté el cacharro.

—¡Caray, pues ha podido!

—¡Claro que sí!

Ya me disponía á darle un buen tiento, cuando el flemático patrón me cortó la idea.

—¿Qué va usted á hacer?
 —¡Toma, pues á beber agua!
 —Pero ¿á usted le gusta el agua de lluvia?
 —¿Eh?

—Porque sabe Dios el tiempo que hace que no usamos ese botijo.

—¡El demonio del hombre! ¡Podía usted haberlo dicho pasado mañana!

—Considere usted que los perros míos, apenas salen de la cuadra, lo primero que hacen es oler el cacharro y después volverse de espaldas traidoramente.

Luego de unas cuantas cuchufletas de mis compañeros de excursión, cenamos con notable apetito un no despreciable yantar, y después de fumarnos sendos puros de la fábrica del amigo Crespo decidimos meternos en la cama.

—Es preciso madrugar—advirtió mi padre.
 —¿Á qué hora nos levantaremos?

no había asomado su redonda faz por los balcones de Oriente.

Los perros, una vez en los rastrojos, comenzaron á trabajar como Dios manda.

Ibamos cazando en mano: mi padre á la derecha, Crespo en el centro y yo después.

El corazón me saltaba de impaciencia.

—Lo primero que salga va á ser para este cura—musitaba acariciando los gatillos de mi escopeta formidable.

Lo primero que salió fué el sol y creí oportuno volverme atrás con mis propósitos.

Después voló un pájaro, que, aunque no era sino un inocente triguerillo, á mí se me antojó grande y poderoso como un cóndor, é hice fuego.

—¿Qué ha sido?—preguntáronme.

—No estoy seguro. Creo que una avutarda.

.....

Medianamente se nos daba el día.

Eran ya las tres de la tarde y apenas si llevábamos cobradas media docena de codornices. Hablo en plural por darme tono, puesto que maldito si á mí me remordía la conciencia en tales muertes.

Así las cosas, Don Tomás y yo, que íbamos decididos á divertirnos sobre todo, cambiamos impresiones.

—¿Qué opinas, muchacho, de desertar de tu padre?

—Pues opino que ¡viva la emancipación!

—¿Quieres que nos lancemos por esos trigos en busca de lo que hubiere?

—¡Soy su esclavo!

—¡Pues en marcha!

.....

La perra de Crespo se detuvo de pronto.

—¿Será codorniz?

—Pero ¿no se tratará de un timo?

—¡Silencio!

Sonó un pisotón fuerte y voló la africana avecilla.

¡Pum! ¡Pum!

¡Prurún! ¡Prurún!

Total, cuatro tiros.

—¡Se fué!

—¡La erramos!

—¿Dónde se dió?

—Allí, junto á aquel arbolillo.

—¡Vamos por ella!

.....

Otra vez se detuvo la perra de don Tomás; otra vez nos preparamos; otra vez voló la codorniz, y otra vez:

¡Pum! ¡Pum!

¡Prurún! ¡Prurún!

Con el mismo resultado.

—Pero ¿qué es esto, pollo?

—¿Estará encantada, don Tomás?

—Encantada de haber nacido.

—¿Usted la vió posarse esta vez?

—Sí.

—¿Dónde?

—En aquella arroyada.

—Pues hay que seguir.

—Sí, hay que seguir, ya que, según el adagio, el que la sigue la mata.

Nueva excursión; nueva muestra de la perra; nueva espera fugaz; nueva salida de la codorniz; nueva descarga cerrada, y nueva salvación de la avecilla.

—¡Esto es inicuo!

—¡Esto es horrible!

—¡Yo no vuelvo sin la pieza!

—¡Ni yo!

Clamamos, llenos de ira.

Y, anda que te andarás, aquí tropiezo y allí me caigo, levantamos la sencilla codorniz seis ó siete veces.

El sol, rojo de vergüenza, tuvo á bien ocultarse, mientras las sombras iban adueñándose de los campos, y entre las sombras dos seres, poseídos del demonio, corrían á través de los surcos, parábanse de vez en vez, y después de disparar los cuatro tiros de sus cuatro cañones, elevaban los puños al cielo y blasfemaban modestamente.

—¡Ira de Dios!

Éramos Crespo y yo, tercios y obstinados, haciendo fuego sobre aquella codorniz inmortal que se reía de nuestra ignorancia.

—¡Perderemos el tren!

—Aunque perdamos la salvación. Yo necesito esa codorniz de cualquier modo—rugió don Tomás.

—¡Y yo le acompaño!—concluí.

..

Mi padre, camino del apeadero, se tiraba de las barbas.

—Dios da pañuelos á quien no tiene narices—le dijo al zagalón.

—Sí, señor don Juan.

—¿Has visto? Se conoce que los señoritos han encontrado un «paso».

—Pues no deben haber dejado ni una.

—¡Ni media!

.....

—¡Pobres de nosotros!

Cuando ya, sudorosos y moribundos, agotadas las municiones y sin la codorniz íbamos á pensar en el suicidio, dando saltos de alegría y moviendo la cola sin cesar, acercóse la perra de Crespo con un bulto en la boca.

—¡Cielo santo! ¿Qué trae este animal?

—¡La codorniz!

¡Sí, señores, hablo en serio! ¡La famosa codorniz, que vivita, aunque medio ahogada por los vuelos que la habíamos dado, decidió entregarse á su perseguidor canino, falta de fuerzas.

—¡Albricias!

—¡Eureka!

—¡Bravo!

—¿La despachurramos?

—¡No! Vamos á llevarla en la red, para mis hijos.

—¡Esol

Con mucho cuidado Crespo encerró á la pobre avecilla en la indicada red, y luego él y yo, á paso de carga, emprendimos el regreso á la estación, donde el tren debía de estar llegando.

—¡Ánimo, pollo!

..

Mi padre, apenas nos vió aparecer nos obsequió con dos adorables interjecciones.

—¿Dónde están las piezas?

—¿Qué piezas?

—Las ciento y pico que deben ustedes traer.

—No pluralice, don Juan.

—¿Cómo?

—No pluralice, porque todo ese alarde de bombardeo ha culminado en esta maldita codorniz que trajo la perra.

—¡Chambones!

Don Tomás, diciendo y haciendo, tomó la red, y, ya fuese cosa del demonio, ya obra del Ser Supremo que así lo dispuso:

¡Cri, cri, cri!...

Nuestra víctima vió un huequecito, y, descansada del todo, abandonó la tal redequilla y tornóse al campo á criar como si nada le hubiese ocurrido.

¡Cataplún!

Aquello era lo único que nos faltaba para morir.

—Crespo, si usted sabe lo que es decoro cinegético, debe arrojarle conmigo al paso del tren—gimoteé decidido.

Pero en esto mi padre sacó unas chuletitas tentadoras y una botella de cerveza.

Y, á la vista de la colación, el optimismo volvió á surgir oportuno y hermoso.

—¡Venga un trozo de carne!

—¡Venga un trago!

—Papá aquella codorniz estaba embrujada. ¿Verdad, Crespo?

—¡Embrujadísima!

EMILIO MORALES DE ACEVEDO

Madrid, 17 de Junio de 1912.



Mientras llega Agosto

Estamos en la primera quincena del mes de Junio; el cazador empieza á sentir la necesidad de salir al campo para recorrer con la mirada la extensión del sembrado que va perdiendo su verdor y convirtiéndose en un mar de amarillas espigas, y para sentir el monótono golpeteo de la avecilla africana, ese *buenpan-hay* que conmueve al oírlo y nos hace hacer cálculos para el día 1.º de Agosto. ¡Cuántas ilusiones á lo mejor perdidas por culpa del *chuchero* cazador!...

En una de estas deliciosas mañanas me encontraba admirando la naturaleza cobijado en la sombra de una encina, observando á dos pinzones. Me llenó de curiosidad cómo el macho, deslizándose por el terreno, recogía pequeñas pajas, crines ó lanas de las que las ovejás dejan adheridas en la leña del monte, en la corteza de los árboles y en los zarzales. El pintado pajarito, volando hacia una encina que á orillas de una laguna se levantaba, hacía múltiples viajes, llevando en su afilado pico el material que iba entregando á su hembra para que ésta fuera construyendo el nido; nido artístico y sólido que sujetan en la horquilla que forma la unión de dos ramas. La casualidad hizo que en cierta ocasión unos chicos se apoderasen de uno de estos nidos, que se encontraba vacío en uno de los referidos árboles; esto ocurrió en invierno, pues el pinzón suele aprovechar el mismo nido cuando vuelve en la primavera, porque emigra en el otoño.

La postura suele ser de cinco á seis huevos. Dije que era el macho el que se entretenía en llevar material para la construcción del nido, porque así me lo descubría el color de su plumaje: manchado de un encarnado claro la parte anterior del cuello, pecho y costados, y la parte superior de la cabeza es de color castaño; tiene una mancha blanca en las alas; en la rabadilla ostenta manchas de un color violáceo.

La hembra tiene los mismos colores, pero menos vivos.

Su canto es armonioso y fuerte. Cuando lanza una especie de grito suele ser señal de lluvia.

Con este precioso cantor de los bosques se comete un cruel martirio, pues he oído decir y he leído que los dejan ciegos aplicándoles á los párpados un hierro candente; unos días antes de cegarlos, los meten en una habitación á oscuras encerrados en su jaula, para que aprendan á buscar la comida.

Maldigo á quien tan cruel se ensaña con dichos pajaritos, quienes aun ciegos cantan mucho más, canto de melancolía que entretiene al verdugo, canto que en la cruel oscuridad se le representan el paisaje, su árbol, su nido, su hembra y sus hijos. Cantando muere...

Estaba yo en estas reflexiones cuando una voz bronca me hizo levantar la cabeza y ver la figura de un guarda con una ancha bandolera que le terciaba el pecho; sin saludos de ninguna clase (para qué perder tiempo!) me preguntó destempladamente—¿Qué hace usted aquí?

—Pues á la sombra.

—Esto está vedado.

—¡Hombre, qué me cuenta usted! ¿Y las tablillas?

—Aquí no hay tablillas.

.....
—Los señores socios son los únicos que pueden estar aquí.

Me levanté, le brindé con un tabaco y conseguí que la autoridad declinase sus fueros.

—¿Son muchos los socios?

—Veinte y el amo.

—¿Mucha caza?

—Regular, señor; en Septiembre y Octubre se hacen buenos ojeos.

—(¡!) Ojeos en Septiembre y Octubre...

—¿Á usted le gusta más cazar con el perro?

—¡Claro está!

—Á usted le sucede como á don Cándido, que reniega de los ojeos; pero don Cándido es amigo del amo, y claro está...

—Don Cándido es un cándido... ¿Muy grande el monte?

—Unas ochocientas fanegas *bobas*.

—¿Y veintuna escopetas?

—Y los convidados—añadió el guarda.

—¿La acción costará mucho?

—Trescientas pesetas.

—Pues sale por una friolera cada conejo.

—Los señores se divierten así, y mi amo consiente.

—¡Claro está, qué más puede hacer!

Llegamos á la linde *del vedado* y nos despedimos.

Todo el camino fui pensando en el estado en que están los montes dedicados á sociedades de cazadores, en la paciencia de los aficionados, en la frialdad con que autoridades y cazadores ven este desbarajuste, sin servir de nada los doctrinales artículos ó proposiciones referentes á este importante asunto y haciéndome la promesa de poder retirarme al campo y no ocuparme más que de mi perro y mi escopeta, para salir en busca de alguna perdiz, para dominar mi pasión por el arte cinegético, y ver de conservar las energías, propensas á perderse cuando el hombre llega á determinada edad.

J. MORALES DE PERALTA



EL POINTER INGLES

El pointer inglés es, efectivamente, uno de los perros de muestra más bello; por su tipo esbelto y elegante es, en general, el preferido de los aficionados de cuerpo entero, permítaseme esta frase para indicar que también entre los cazadores los hay más ó menos completos, en cuanto á sus entusiasmos y condiciones para el ejercicio de la caza. De ahí que cada aficionado abogue por su raza predilecta. Lo que no se puede discutir es que si el cazador es de temperamento linfático y de tranquilo cazar, apetezca para ello un perro pointer; no puede ser, no le cuadra, digámoslo así; están en sentido opuesto perro y cazador; cada cosa para lo suyo.

Ahora bien; si el cazador es de temperamento nervioso, fuerte, de gran resistencia, ó, por mejor decir, es un buen cazador de perdices, entonces en el pointer encuentra el complemento: es dócil, tiene, como vulgarmente se dice, buena nariz, muestra firme como el mejor pachón, y cuantas condiciones puede desear un buen aficionado; pero no ha de ponerlo todo el perro para llegar al límite de bondad.

El aficionado, para que llegue á tener un buen pointer, debe empezar por saber educarlo. El perro pointer, por sus condiciones, inteligencia y temperamento, si admite pronta educación, también con igual facilidad se presta al resabio, que adquiere por una mala lección, un castigo fuera de tiempo ó un descuido, siendo punto menos que imposible conseguir que lo olvide.

Es de tener muy en cuenta la edad en que debe empezarse su educación, pues lo mismo puede perjudicarle ser demasiado joven que pasar de los dos años.

En los veintisiete años que llevo de aficionado he podido observar sobre este punto detalles que, para mí, son de capital importancia sobre la educación del pointer, y en general de los demás perros. Se puede empezar á enseñar un pointer teóricamente, ó sea á traer un objeto, que debe ser de muy poco peso y muy blando, cuando haya mudado los colmillos y tenga aún la boca algo resentida, pues de este modo se evita en gran parte uno de los defectos de que más adolece el pointer: el de ser de boca dura.

Por este sistema se consigue que el perro con muy poco esfuerzo transporte el objeto que sirve como medio de educación. Este ob-

jeto, si no es completamente insípido, debe ser de mal sabor, pero siempre procurando que expida olor á caza, y mejor será si se emplean varios objetos con diferente olor, para educar el perro en distintas clases de caza. También es muy conveniente que el objeto mencionado, por su tamaño, pueda ser siempre bien abarcado por la boca del perro, pues siendo mayor le obligará á morder con fuerza y es difícil corregir este vicio.

Una vez bien acostumbrado á traer, debe enseñársele á mostrar. Esto se consigue del modo siguiente: se ata una piel de conejo ú otro objeto que sirva para su educación con un hilo de unos cuatro metros, y éste á su vez se sujeta al extremo de un bastón. Cuando el perro esté algo fatigado de jugar, se le esconde el objeto y se le manda buscar; cuando pase cerca ó le haya visto, se mueve el bastón, y, por tanto, la piel ú objeto, y si no á la primera vez á las pocas siguientes se conseguirá que el perro marque perfectamente la muestra ó quede en firme; entonces se acerca la persona con cuidado y le manda romper; si el perro rompe antes de tiempo se tira del bastón y se le riñe suavemente, sin que coja el objeto hasta que lo haga con todas las reglas del arte.

Conseguido esto, se le puede sacar al campo, procurando que las primeras piezas que muerda no estén muy ensangrentadas.

..

El perro pointer tiene un color blanco con manchas grandes color hígado ó rojo, con algunas pintas á veces como moscas; cabeza algo ovalada, las orejas cortas colocadas por encima de la línea que se forma de un extremo á otro del ojo y se prolonga un poco vueltas para adelante; nariz recta ó ligeramente remangada, la trufa ó extremo de la nariz saliente y bastante abierta; los labios cortos, los ojos vivos y fieros, cuello algo arqueado y regularmente largo; pecho amplio, brazos finos derechos y nerviosos, manos cortas y en forma de gato; las costillas largas y bastante oblicuas y un poco alto de grupa, vientre de podenco, patas musculosas y cortas de la corva al pie; rabo fino, y, en ningún caso un pointer puro puede pasarle el rabo de la corva, y éste recto ó á lo más en forma de sable.

Todos los colores pueden admitirse en el pointer; pero los más generales son los anteriormente dichos.

El pointer inglés, según unos, tiene su origen en el cruzamiento del Fox-hound con el galgo y otro cualquiera, ó sean tres sangres,

de las que la tercera creen que forma parte el Bull-dog.

Yo puedo decir que en mis experiencias he conseguido un tipo de perro casi igual al descrito como pointer inglés; con el cruzamiento de pachona y podenco, una familia; podenca y pachón otra familia, y cruce de los descendientes de estas dos familias, y según que la raza se vence al podenco ó al pachón, le apliba al primer caso el perdiguero ligero y al segundo el podenco corto, resultando así un tipo muy semejante al pointer.

LUIS A. DE SANCHO.



Triunfo merecido

Después de reñidas oposiciones en lucha con numerosos contrincantes que han esgrimido con singular maestría las poderosas y nobles armas del saber en el difícil y divino arte de la pintura, nuestro distinguido Director artístico, el simpático Gabriel Palencia, ha obtenido una plaza de restaurador de la Real Casa.

Las joyas artísticas que atesora el Real Patrimonio tendrán un conservador y restaurador cuidadoso, hábil y amante de las mismas.

Nada más decimos por el temor de que se achaquen al cariño y amistad que nos une á nuestro amigo los elogios que pudiéramos tributarle, aunque todo lo merece por su modestia y talento.

Reciba el público testimonio de la más sentida y entusiasta enhorabuena.



Consultorio jurídico de "Caza y Pesca,"

Consulta.

¿Pueden cogerse los gorrones en tiempo de veda para celebrar con ellos tiradas, como se efectúan en algunos pueblos de Andalucía?—B. S.

Resolución.

Con arreglo al art. 33 del Reglamento para la ejecución de la vigente ley de Caza, sólo podrán cazarse los gorrones desde 1.º de Septiembre hasta 31 de Enero.



NOTICIAS

En una de las casas situadas en el mercado de abastos de Linares (Jaén) se venden en esta época de veda conejos y perdices, y la venta se hace sin que el Municipio haya caído en la cuenta de que se trata de una grave infracción de la ley de Caza; antes, por el contrario, los agentes del mismo Municipio de servicio en el mercado suelen guiar á veces á los compradores hacia el sitio en que pueden adquirir la mercancía prohibida.



Legislación de caza, pesca y uso de armas. Obra editada por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Álvarez Navarro. La más completa y útil de cuantas sobre estos asuntos se han publicado. Precio 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta Revista.



CAZADEROS

Los señores propietarios y arrendatarios de montes que quieran arrendar pronto sus terrenos de caza ó expender con rapidez las acciones de vedados, deben anunciar en esta sección.

El precio por línea é inserción es de 75 céntimos.